

cántico de muerte. Estos sonidos lúgubres acompañan al peregrino á su última morada. Ay! es una esposa querida, es una madre adorada que la terrible reina de las sombras arranca de los brazos de su esposo y del seno de los niños, que ella llevaba sobre su corazón, y que miraba con dulce alegría crecer en torno suyo. Los lazos de esta familia para siempre están rotos porque la madre se ha ido á otro mundo mejor, y siempre se echará de menos su vigilante mirada y sus cuidados maternos; y la extraña que la reemplazare cerca de los niños huérfanos, al entrar en casa no llevará consigo la alegría."

"Después de estas escenas de luto, la Campana se mueve de nuevo y no despierta en el fondo del alma sino un sentimiento apacible. Cuán dulce es el oír la tarde, en el silencio del valle, cuando llega la hora del reposo, ó en el Domingo cuando llama á los habitantes de la aldea para reunirse cabe la vetusta iglesia! Pero ¡qué ruido siniestro, cuando el hierro de la discordia brilla en el recinto de las ciudades! Entonces la rebelión se apodera de las campanas y les comunica un sonido aterrador. El bronce consagrado á los acordes apacibles, se convierte en el instrumento de la fuerza."

"Corred, corred, oh mis compañeros, bauticemos nuestra Campana y demosla el nombre de Concordia. Que solo sirva para reunir la comunidad social en lazos afectuosos y en pacíficas asambleas."

Schiller escribió esta oda en el año 1799, seis antes de su muerte.

Amor á la Pátria.

Dichoso el que nunca ha visto
Mas río que el de su pátria,
Y duermé anciano á la sombra
Do pequenuelo jugaba.

LISTA.

En una hermosa mañana del mes de Mayo, cuando apenas comenzaba el alba á blanquear el oriente, nos dirigimos hácia las riberas del Genil, para contemplar desde ellas el magnífico panorama que presenta Granada, último baluarte de la dominación sarracena en España. Las orillas de este poético río, y la cercanía de sus aguas, el ambiente perfumado que allí se respira y el contacto de aquella tierra clásica, pusieron nuestra alma en un estado que no se puede

definir. Dominado por un profundo éxtasis, durante el cual nuestra imaginación recorría el cuadro inmenso de nuestra historia, y recordaba los nombres ilustres de los elevados personajes cuyos hidalgos hechos se repetirán de edad en edad, mientras viva la gran nación de héroes castellanos, no hubiéramos acertado á salir de él, si la voz de un hombre que nos observaba no hubiese despertado en nosotros pensamientos de más alta consideración.

—Qué os parece mi pátria? preguntaba aquel hombre, como poseído de cariñosos recuerdos, que hacían brotar de sus labios una sonrisa de gozo.

—Un paraíso oriental, respondimos á nuestro interlocutor.

Porque en efecto, en aquel ameno lugar, la naturaleza parece haber reunido todos sus encantos. Allí en largas praderas, por donde serpentean las aguas del río, se forman paseos deliciosos á la sombra de las copas de los árboles; el lirio, la florida retama y el narciso son agradable esmalte de la tierra; mil plantas olorosas exhalan suavísimos aromas en los aires, que se mezclan con los armoniosos trinos de ruiseñores y calandrias; una larga cadena de montañas embellece tan pintoresco paisaje, y elevados peñascos de nieve forman á lo lejos el término del horizonte.

—Si tantos atractivos tiene para el extranjero, añadió nuestro colega, ¿cuáles no tendrá para el que vió deslizarse en ellas sus primeros años? Oh! este amor que profesamos al lugar en donde se respiraron los primeros albores de la vida, es cosa que resiste el análisis. Si es húmedo amamos sus nieblas, si seco sus áuras ardientes, si quebrado sus riscos y torrentes, si abierto sus campos y llanadas. No se sabe si entra por mucho el alma, ó por mucho también el cuerpo en aquel cariño; si la vista enamorada de los paisajes, si el oído halla armonías en todos los ruidos que allí reinan, si el olfato no encuentra aromas fuera de los perfumes que tiene acostumbrados; ó bien si la mente ve allí en todo cuanto la circunda un caudal de pensamientos que en vano buscaría en otra parte.

Sentimos no poder recordar todas las frases que escaparon de los labios de aquel hombre, que contemplaba con nosotros la ciudad que le había visto nacer. Después de una ausencia de treinta años volvía al lugar en donde se deslizaron sus días mas hermosos. Alguna vez la tristeza nublabá su frente al considerar los cambios que la mano del hombre ó la del tiempo había ocasionado en el

hogar doméstico. En vano buscaban sus ojos la cabaña del anciano que había dirigido su infancia con las máximas de la sabiduría, y la tierna nodriza que le había servido de segunda madre. En lontananza descubre la iglesia donde recibió las primeras nociones de la ley divina, de la esperanza cristiana y de la verdadera dignidad del hombre. Pensamientos melancólicos ocupan su mente á la vista del techo paterno. El silencio reinaba allí; los perros no salen á su encuentro; la torre, que un día resonaba con el batido de las alas y el arrullo de las blancas palomas, no repite sino el graznido monótono de las aves parásitas. Aun cree escuchar su corazón la sonrisa de una madre, los sábios consejos de un padre, los inocentes halagos de una cariñosa hermana y su infantil algazara de los compañeros de la infancia.

Tales eran las diversas emociones de aquel que después de una larga ausencia, vuelve al lugar do acariciaron las áuras los primeros instantes de su vida.

Los filósofos como los poetas pagaron su tributo al amor pátrio en sentencias y cánticos; pero solo la influencia de una ley providencial, puede explicar victoriosamente ese instinto que nos arrastra al amor de nuestro suelo. Esa ley providencial no es otra que la gratitud, el reconocimiento.

La religión ha sancionado este amor. Porque los grandes sentimientos del alma religiosa, lejos de excluir en nosotros el amor á la pátria lo confirman é inflaman. También Jesucristo amó á su pátria, pues murió por ella, y muchos expositores sagrados meditando la frase del evangelista que *Jesús había demorir por la nación* (1) creyeron que Jesús al morir por todo el género humano, guardó en el Calvario una mirada particular para su pátria. Y la víspera de su muerte, al subir al monte de las Olivas y al ver la triste Jerusalem, lloró por ella, para demostrar que el amor á la pátria debe existir siempre y hasta la muerte en toda alma honrada y cristiana.

GABRIEL SEVILLANO.

Mi opinion.

Costumbre es admitida y uso llano
En una sociedad el dar la mano,
Pero esta moda *fina y elegante*

(1) *Jesús moriturus erat pro gente.* S. Joan. cap. II. vers. 51.

Si la exageras, cántala chocante.
Si vas á una reunion
Y á todas las personas del salon
La mano les vas dando una por una,
Ya la costumbre raya en importuna.
Sin otra consecuencia
Sobra con que se agote la paciencia:
No sé si mi opinion es buena ó mala,
Pero yo, si penetro en una sala,
Solamente, aunque digan *no es urbano,*
Al dueño de la casa doy la mano.

Otra opinion.

La extrema urbanidad y cortesía
Agota y cansa la paciencia mia.
Figúrate, lector, y es un ejemplo,
Que entrar queremos en palacio ó templo,
O en una alcoba, ó sala ó gabinete,
Y que vamos por junto seis ó siete.
¿No es un feroz y bárbaro tormento
El pesado y molesto cumplimento
De.... —Pase V. primero.
—No puedo permitirlo, caballero.
—Tenga V. la bondad.—Haga el favor.
—De ninguna manera.—No señor.....
Así pasan las horas
Galanes y señoras,
Estando casi todos convencidos
De lo necios que son tales cumplidos.
A dar voy un consejo,
Y mírese quien quiera en este espejo.
Si te indican que pases tú delante,
No te hagas de rogar, pasa al instante.

MARIANO PARDO.

Escenas entre dos Majos de frac, antes y después de las elecciones.

LA ACCION SUCEDE EN LA CHINA.

D. Cirilo.

Al pretender ese cargo,
no lo pensó usted, don Pedro.
¿Juzga usted que es cosa leve
desempeñar ese puesto?
Que no vá á pisar usted
resbaladizo terreno?

D. Pedro.

Lo sé; mas me sacrifico
por el bienestar del pueblo.
—Usted es hombre ocupado;
y aunque bullidor, travieso,
para sus propios negocios
¡es claro! le falta el tiempo.
Y no considera usted,
que es acción de majadero
el abandonar lo propio

para gobernar lo ageno?
 —Lo sé; mas me sacrificio
 por el bienestar del pueblo.
 Es destino trabajoso,
 comprometido y sin sueldo.
 —Mire usted que son precisos
 probidad, saber, talento,
 actividad incansable,
 rectitud y don de acierto.
 Si una sola de estas cosas,
 llegase á faltar, don Pedro...
 vamos, piénselo despacio:
 soy su amigo, y se lo ruego.
 —Lo tengo pensado todo:
 y... al decirlo me enternezco:
 yo me ofrezco humilde víctima
 por el bienestar del pueblo.
 —Pero, señor, ¿cómo ó dónde
 se ha inflamado en ese zelo?
 Ayer pancista, hoy patriota...
 ¿si lo miro y no lo creo!
 ¿Pretende ser diputado
 por sacar el vientre lleno?
 ¿Busca usted alguna cruz?
 ¿Es afecto al mangoneo?
 —¡Cállese usted, don Cirilo!
 ¿Hasta encarnado me he puesto!
 Si soy yo tan ruboroso...
 ¿Yo cruces, yo bailoteos?
 Lejos de mí tales cosas;
 soy casado y callos tengo.
 Lo único que me entusiasma
 es el bienestar del pueblo. (Vase.)

D. Cirilo solo. (Mientras habla suena música de violon.)

Quizá estaré equivocado:
 ese entusiasmo... ese fuego...
 Obra Dios milagros tales,
 que no hay más sino creerlos.
 Se ha transformado... es un Bruto:
 su fervor lo tiene ciego:
 es mucha su abnegacion
 por servir al triste pueblo:
 ¡ir á abandonar lo propio
 para cuidar de lo ageno!
 Vamos!... don Pedro es un santo,
 es un santo este don Pedro.
 Dios, que tan alto lo inspira,
 lo lleve á seguro puerto.

D. Cirilo y D. Pedro. (Han pasado algunos meses.)

—Felices, don Pedro amigo.
 —Don Pedro dijo... ¡oh vergüenza! (ap.)
 Don Cirilo, usted ignora
 tal vez que tengo excelencia?
 Esta placa, mi alto puesto,
 bien claro lo manifiestan.
 —Me engañé, mas le suplico
 que me perdone vuesencia.
 Vengo á hablarle de ese pueblo,
 por quien tanto se interesa.
 —Déjeme de populacho
 que ya me carga y me apesta.
 ¿Quién piensa en esos perdidos
 cuando tanto afan le cerca?

No puedo, me falta tiempo:
 el baile de la marquesa...
 el besamanos de... vaya!
 el banquete de ¡friolera!
 Y luego si llega tarde
 esa carretela nueva...
 Ah! y ahora estoy labrando
 unas casas, que me cuestan...
 ¡oh pueblo! mira tu víctima
 que solo tu bien desea!
 —Pues, populacho hace poco
 que le llamaba vuesencia.
 —Perdona, Cirilo amigo:
 con las públicas tareas
 ni sé lo que estoy diciendo,
 se me aturde la cabeza.
 Con que, Cirillito, adios.
 —Vaya con Dios su grandeza,
 usía, su santidad,
 su magestad, su eminencia.

D. Cirilo solo.

Aprended, flores, de mí,
 las mutaciones del tiempo.
 Y yo, necio, le decia,
 cuidado con el empleo,
 mire usted que se arruina,
 piénselo usted bien, don Pedro.
 Y contestaba el tunante
 con los ojos en el suelo:
 lo sé; mas me sacrificio
 por el bienestar del pueblo.
 Con tantas cintas y cruces
 es un retablo su pecho:
 vá á los bailes... labra fincas...
 banquetes... coches... jaleos...
 y lo hace todo, no hay duda,
 solo por servir al pueblo.
 ¡Qué bien cuadran á este pillo
 del gran Calderon los versos!
 "Yo conocí á un tal por cuál
 "que á cierto conde servia,
 "y Sotillo se decia:
 "creció un poco su caudal,
 "salió de misero y roto,
 "hizo una ausencia de un mes,
 "conoció yo despues
 "y ya se llamaba Soto.
 "Vino á fortuna mejor,
 "(era su nombre de gonces),
 "hízose rico, y entonces
 "se llamó Sotomayor."

(PAUSA.)

Qué lástima de garrote
 arrinconado por grueso!
 ¿De qué sirven los presidios
 si estos nenes andan sueltos?
 Semejantes servidores
 son los amos verdaderos:
 ¡quítate las telarañas
 de los ojos, pobre pueblo!

NARCISO CAMPILLO.

VARIEDADES.

Ha muerto recientemente en los alrededores de Melun en Francia, un viejo general retirado, que estaba consagrado del todo á sus conciudadanos, á las buenas obras y á Dios.

Cuéntase de este hombre, modelo de virtud en medio de su gloria y de sus grandes bienes, una expresion sublime.

En una de las más sangrientas batallas del Imperio en que habia tomado parte, una bala le atravesó una pierna é hízose necesario amputársela.

Púsose manos á tan dolorosa operacion, y el general se mantuvo con el rostro tan sereno é impassible como solia estarlo frente al enemigo.

Al mismo tiempo tendió su vista á un rincón de la tienda de campaña, y percibió á su asistente, que estaba derramando copiosas lágrimas en el colmo de la desesperacion.

José, le dijo, por qué lloras? No seas tonto, alégrate; de aquí en adelante no tendrás que embetunar mas que una bota.

En un pueblo de cuyo nombre no queremos acordarnos, sucedió que el primer día de feria estuvo completamente desanimado. Ni asistió un alma de los pueblos próximos, ni se vendió un mal pollino, ni hubo gusto para nada en el tal villorrio, en vista del infeliz resultado del primer día de feria.

Pero fuese casualidad ó qué sé yo, lo cierto fué que en el segundo aconteció todo lo contrario. La gente acudió á bandadas de todas partes, se hicieron magníficas ventas, y todo vino á pedir de boca: lo mismo se presentó el tercero y último día.

Al año siguiente, el alcalde que era hombre de mucho meollo, como verán los lectores, llamó la atencion de los hijos del pueblo, diciéndoles que estando para llegar la feria de marras, se hacia indispensable poner los medios convenientes, para evitar lo que en el año anterior habia tenido lugar el primer día de los tres susodichos.

Agradó á sus compañeros sobremane-

ra el recuerdo, y le manifestaron propusiese lo que en su preclaro talento y reconocida ilustracion creyese más oportuno para conjurar el conflicto.

El tal alcalde abrió su soberana boca y propuso una medida que todos aprobaron por unanimidad.

Seis dias despues, al frente de los artículos que aparecieron en el bando de buen gobierno para la feria próxima, bando que se hizo repartir profusamente por todos los alrededores, campeaba la siguiente advertencia con letras como puños:

En virtud de disposicion superior del señor alcalde de esta villa, dará principio la feria este año por el segundo día.

Consultábame el otro dia un padre que no le sobra nada de lo de Salomon, acerca de la educacion de su hijo y de la carrera que deberia seguir.

Yo le habia propuesto varias, pero ninguna le parecia bien; el arquitecto, decia, es un albañil ilustrado; el farmacéutico es un tendero mas; el médico es sinónimo de enterrador; abogado es lo mismo que embrollon, etc. etc.

—Pues bien, ¿qué quiere V. que sepa su hijo?

—Hombre, me dijo, yo quisiera que supiera un poco de todo; que tuviese una tintura de las lenguas latina y griega; una tintura de historia y geografia; una tintura de dibujo; una tintura de matemáticas; pero yo no sé á dónde llevarle para conseguir esto.

—Pues es muy sencillo: para lograr que el muchacho reciba tantas tinturas, en ninguna parte estará mejor que en una tintorería.

Habiendo sido convidado á comer Mozart y Haydn, el primero que era un compañero muy alegre y gran arficionado al Champagne, dijo á Haydn:

—Apuesto seis botellas de Champagne á que compongo un trozo de música que no tocais de repente.

—Acepto la apuesta, respondió el maestro riendo.

Mozart se dirigió al pupitre, borrajó algunas notas y las presentó á Haydn.

Admirado este de la facilidad de la

composicion, se puso al piano exclamando:

—Mozart tiene indigestion de dinero y quiere pagar Campagne.

—Eso es lo que vamos á ver, respondió este frotándose las manos.

De pronto Haydn, despues de haber preludiado, se detuvo.

—¿Cómo quereis que yo toque esto? exclamó; mis dos manos deben abrazar los dos extremos del piano, y al mismo tiempo hay justamente que tocar una nota que está en el centro.

—¿Eso os detiene? Pues bien, vereis; respondió Mozart poniéndose al piano.

Y en efecto, se pone á preludiar. Llegado que hubo al famoso pasaje, Mozart sin pararse toca la nota del centro con su nariz en la tecla. Todo el mundo se echó á reir.

Ahora bien; Haydn era chato, mientras Mozart tenia la nariz muy larga.

Haydn pagó, pues, la exigüidad de su protuberancia nasal, con seis botellas de Champagne.

Hablando del famoso crítico francés Julio Janin, dice un articulista:

Conozco yo á un escritor español que estuvo á visitarle.

—V. es el rey de la crítica, le dijo.

—Así parece, contestó.

—Si V. hablara de un libro que he publicado me haria V. un gran favor.

—No tengo inconveniente.

—En ese caso le enviaré á V. el libro y le doy gracias anticipadas.

Al dia siguiente recibió el libro de manos de su autor, y le saludó con una sonrisa de indiferencia.

Pasaron dias y dias.

El autor visitaba á Janin; este le hablaba de todo menos de su libro.

El bombo prometido no parecia.

Al fin se decidió el autor á interpe-
larle.

—Tiene V. razon.... me he olvidado, contestó el crítico.... Mi memoria es tan infeliz, que necesito algun recuerdo. En prueba de ello le contaré á V. una cosa. Un escritor americano me pidió el mismo favor que V.; me entregó el libro, empecé á hojearle, y ví que las cubiertas tenian cartera en la parte inferior. "¿Qué encuadernacion tan original!" exclamé, y registrando aquellos inexperados bolsillos encontré en cada uno un billete de 100 francos. ¿Cómo olvidar esta circunstancia?

—¿Habló V. de él?

—Ya lo creo; como que era un libro que valia... ¡Doscientos francos!

Por acá aun no estamos tan *ilustrados*.

Un gran nombre adquirido sin méritos se parece á la efigie de un rey grabada en un céntimo.

De dos maneras se puede manifestar la buena educacion y finura en sociedad; en la manera de hablar y en la manera de escuchar.

La imágen más acabada de la sociedad es un campo próximo á ser segado: las espigas más vacías y los talentos más raquíticos son los que alzan orgullosamente la cabeza.

Sucede al consuelo con los affigidos lo que á la medicina con los enfermos: unos lo buscan y otros lo rechazan.

Cuanda el hombre se deja llevar de la cólera no debe ni hablar ni obrar: vuelta la calma al corazon se alegrará de no haber obrado ni hablado.

Menos cuesta reportar una victoria sobre el enemigo, que vencerse á sí propio.

Si amas la vida, no disipes el tiempo, porque la vida acaba.

PARTE ILUSTRADA.



Hoy que no lidia en el campo
la gente de alcurnia rancia,
dá de su valor señales
en tauromáquicas plazas.
Por eso para el encierro
se juntan con algazara,
preparando una corrida
en obsequio de las damas.
Van encerrando el ganado
que por su edad y su talla,

hasta los chiqueros viene
cual niño en brazos del ama.
El ama aquí es el tío Pedro,
como lo pinta la lámina,
bajo el brazo su novillo
que como cordero bala.
Y al ver tío Pedro á los cursis
dice con mucha cachaza:
"Señores, hayga cudiao,
no pase arguna esgrasia."